

bam
bú



El
destramador
de maldiciones

FRANCES
HARDINGE



Traducción de Noemi Risco Mateo

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Título original: *Unraveller*

© 2022, Frances Hardinge, por el texto
© 2023, Noemi Risco Mateo, por la traducción
© 2023, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de portada: Lucy Scholes
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2023
ISBN: 978-84-8343-849-7
Depósito legal: B-12992-2023
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión
de este libro procede de bosques
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).



ACANTILADOS



EL HOSPITAL
ROJO

LOS SALVAJES

PUERTORVALLO
la capital

KYTELSUAL

LOS SALVAJES

MARISMAS

PRÓLOGO

Si tienes que viajar al país de Radiz, prepárate bien. Lleva una mosquitera para las tierras bajas y un buen abrigo para las colinas o las montañas. Si tienes planeado visitar los neblinosos bosques de los pantanos conocidos como los Salvajes, necesitarás unas botas de agua resistentes. También te harán falta ingenio, valor y suerte, pero ciertas cosas no pueden llevarse en la mochila.

Cuando tu barco llegue al gran Puertorvallo, recuerda cambiar tus monedas de oro por las feas de acero de Radiz. No te ofendas cuando los de aduanas te inspeccionen con unas lentes incrustadas en unas piedras huecas o cuando te pasen un cepillo de cerdas de hierro. Sus motivos tienen para ser precavidos, allí donde la tierra se encuentra con el mar.

Ignora a los timadores que intentarán venderte amuletos contra el mal de ojo en los muelles. Seguro que has oído que algunos habitantes de Radiz son capaces de lanzar maldiciones a sus enemigos. Suena muy pintoresco cuando lees sobre eso en

casa, como un cuento de hadas, pero al escuchar las espeluznantes advertencias de los vendedores ambulantes quizá te pongas nervioso. Te aconsejo que no malgastes dinero en un amuleto supuestamente protector, pero lo más probable es que lo hagas.

Puede que los timadores también intenten venderos a ti y a los demás turistas unos pergaminos que asegurarán que son mapas de los Salvajes (en realidad los Salvajes no pueden cartografiarse, pero tú compra uno por si acaso).

Mientras paseas por Puertorvallo, pronto te darás cuenta de que ninguno de los lugareños lleva amuletos contra maleficios. El dueño de la posada en la que te alojes se burlará un poco de ti por haberte comprado uno. Sin embargo, si le preguntas cómo deberías protegerte, se encogerá de hombros y no recibirás ninguna sugerencia útil.

«No puedes defenderte contra una maldición –te dirá–. Pero no te preocupes, ¡no hay muchos maldecidores! Tan solo los consumidos por el odio son capaces de lanzar maleficios. ¡Así que asegúrate de no granjearte enemistades mientras estés por aquí!»

El resto de los lugareños de la posada estarán encantados de responder tus preguntas. ¿De verdad existe gente que lance maldiciones? (Sí). ¿En serio puede una maldición prender fuego a alguien, robarle la sombra o convertirlo en un enjambre de abejas? (Sí). ¿Es cierto que el poder de maldecir proviene de las arañas? (No, los hermanitos no son arañas, pero se les parecen mucho).

Entonces, ¿qué son los hermanitos? Tus nuevos amigos te hablarán, con cierto cariño, de las criaturas de numerosas patas que viven en las copas de los árboles de los Salvajes, cargadas de telarañas. Por lo visto, se llevan bien con los tejedores y con

los artesanos. También buscan a los consumidores por la rabia y el odio, y les regalan una maldición. Después, esta se hace un hueco en el alma del huésped, como un huevo que no ha eclosionado, y aumenta su poder hasta que quien va a lanzar la maldición contra su enemigo está preparado para hacerlo.

Intenta no formular esa pregunta a la que no dejas de dar vueltas: ¿no debería hacerse algo al respecto? ¿Por qué no exterminan a esos bichos arácnidos para que nadie más lance maldiciones? Si lo preguntas, harás que cualquiera se sienta incómodo. Te dirán que no puedes matar a los hermanitos como a una simple araña. Además, si intentas hacerles daño, los Salvajes se enfurecerán.

Mientras aún estás recuperándote de ese tono serio y desalentador, llevarán la conversación a otro tema. (Los Salvajes son escurridizos. Cuesta pensar o hablar de ellos durante mucho rato.)

Tan solo volverás a considerar el asunto en la primera parada que hagas al salir de Puertorvallo. Desde la carretera elevada, por fin tendrás una buena vista de los famosos Salvajes, que bordean la costa de Radiz. Prepárate para una gran decepción.

Admítelo, los Salvajes fueron uno de los motivos por los que viniste a Radiz. Habías leído historias de los extensos y neblinosos bosques de los pantanos, envueltos en telarañas y con musgo esmeralda colgando. Habías oído hablar de los brags que cambian de forma, de los caballos de los pantanos, con dientes como cuchillos, de los destellos danzantes que te atraen hacia el peligro y de las damas de pálidas manos que te ofrecen secretos a cambio de que resuelvas sus acertijos.

Sin embargo, aquí estás, con la mirada clavada en una escasa franja de bosque grisácea y húmeda, de pocos kilómetros de es-

pesor. ¿A qué viene tanto alboroto? ¡Si no es más que un lugar angosto y sin ningún atractivo! ¿Cómo es posible que esconda ruinas antiguas, castillos secretos o lagos misteriosos? ¿Cómo iba a perderse nadie en los Salvajes durante años?

Si eres lo bastante temerario para aventurarte entre los árboles, descubrirás pronto tu error. La apariencia inocente de los Salvajes es engañosa. Los bosques de los pantanos son tan extraños, vastos y peligrosos, como aseguran las historias.

No obstante, hay muchas probabilidades de que pierdas el interés en visitar los Salvajes ahora que los has visto. (Tan solo piensas que los has visto.) Creerás lo que te muestren tus ojos y tu mente, que te dirán que allí no hay nada que merezca la pena ver. (Mienten.)

«¿Por qué todo el mundo tiene miedo a los Salvajes?» Es normal que te lo preguntes. «Si de allí proceden las criaturas arácnidas que portan la maldición, ¿por qué no se deshacen de una vez por todas de los bosques de los pantanos? Seguro que no es tan difícil.»

No lo leerás en ninguna guía turística, pero la gente de Radiz ya lo intentó en una ocasión.

Radiz está regido por la Cancillería, un gobierno de hábiles comerciantes que creen en los negocios honrados, la sensatez y el valor mensurable. Hace cientos de años, la Cancillería, al mirar los Salvajes, solo veía un terreno baldío. Se construyeron unos grandes diques para subdividir los pantanos y que pudieran drenarse con mayor facilidad. Se talaron los árboles, se arrancaron los juncos y se usó humo para deshacerse de las arañas.

Entonces los Salvajes contraatacaron.

Unas enormes nubes de mosquitos se dispersaron tierra adentro, llevando consigo enfermedades. Los ríos de las mon-

tañas se desbordaban sin causa aparente. Los hermanitos aparecieron en masa en las tierras altas, creando maldiciones y cubriendo las calles de inmensas telarañas. Y hubo más cosas deambulando por Puertorvallo, desatando el caos a su paso.

Al final, la Cancillería llegó a un acuerdo con los Salvajes. Sus representantes se adentraron en las profundidades de los bosques pantanosos, donde hablaron con... algo. O más de un algo. Quizá fuera una lira hecha de huesos y estrellas, tal vez un hermanito del tamaño de un plato llano, puede que una mujer sin rostro con una voz como el alarido de cien gatos. Oirás distintas versiones de la historia, pero en cada una de ellas el Pacto se selló en un barco hecho de luz de luna y de tela de araña.

Desde entonces se ha mantenido, y ningún habitante de Radiz tiene prisa por romperlo.

Como no sabrás nada de esto, tal vez decidas que las historias sobre los Salvajes y los maleficios las inventaron para entretener a los turistas. Por la noche, cuando veas una forma con muchas patas corretear por el techo de tu alcoba, te dirás a ti mismo que es una araña y nada más que una araña.

(Pero no lo es.)

Capítulo 1

LA CULPA

A los cinco minutos de conversación, Kelen sonreía tanto que le dolía la cara. Veía a Netel intentando captar su atención y negando muy ligeramente con la cabeza. Ella sabía lo que significaba aquella sonrisa, aunque el idiota del comerciante no tuviera ni idea.

«Voy a perder la paciencia –pensó Kelen–. En cualquier momento.» Aquella inevitabilidad era casi relajante.

–¡No te pago para que me des un sermón! –estaba diciendo el comerciante–. ¡Te pago para que arregles el problema!

Kelen se quedó ahí, en la sala de recepción, con una decoración recargada hasta la estupidez, dejando que el torrente de palabras lo empapara. El comerciante tenía unos ojos vidriosos, enfadados y asustados. Se había teñido el pelo, pero solo había conseguido que su cara pálida y ojerosa pareciera mayor. Cruel, débil, infantil. Era el tipo de hombre que necesitaba lámparas del tamaño de una mesa de comedor para sentirse poderoso y que te hacía quedarte de pie mientras él estaba sen-

tado, gritándote, para que todo el mundo supiera quién estaba al mando.

–¿Me estás escuchando? –preguntó el comerciante.

Kelen levantó la cabeza, con la mente despejada y atenta por el enfado.

–Se te ve la sangre otra vez –señaló con cierta malicia.

El comerciante apretó los puños de inmediato. Los guantes estaban tan acolchados que parecían las zarpas satinadas de un payaso, pero ni siquiera eso había bastado. La sangre siempre terminaba abriéndose camino y rezumaba misteriosamente de sus palmas y de sus dedos, hasta que le resultaba imposible ocultarlo.

Kelen también llevaba guantes, pero por un motivo distinto. Estaba acostumbrado al peso de las tiras de hierro dentro de la tela, y se preguntaba si ese peso bastaría para romperle la nariz a alguien de un puñetazo.

–¡Me dijeron que sabías cómo deshacerte de una maldición! –gritó el comerciante–. Pero ¡no has hecho nada, y ya han pasado dos semanas!

Kelen había aceptado el encargo sin convicción. O, mejor dicho, se había dejado llevar por la razón en vez de por el instinto. Para variar, había tenido la posibilidad de recibir un pago decente. Ahora, sin embargo, la razón estaba perdiendo su atractivo.

–¡Eso es porque estaba intentando averiguar quién le ha echado la maldición, y había demasiados sospechosos! –explotó Kelen.

Casi podía sentir cómo su mal genio tiraba de la correa y saltaba hacia delante, como un gran perro negro. Le entraron ganas de reír ante el silencio que lo rodeó debido a la sorpresa.

«Da igual, de todos modos era un trabajo aburrido.»

–Los recolectores de seda de los pantanos, los cardadores y secadores, la gente de sus fábricas de fieltro..., ¡se matan a trabajar para usted, y les paga una miseria! –La voz de Kelen retumbaba en los frescos y en los arcos ornamentales–. ¡Y el alojamiento que les consigue no es más que un cuchitril apestoso, repleto hasta los topes de demasiadas familias! ¿Qué creía que iba a pasar? ¡Me sorprende que no lo hayan maldecido todos!

–¿Cómo te atreves?

Las personas poderosas jamás decían nada original cuando dejabas de mostrarles la sumisión que esperaban. En un estado de indignación, todos echaban mano de las mismas palabras.

–Y, además, sí encontré al culpable –replicó Kelen–. Está muerto, así que no le hace falta saber quién era.

No, al comerciante no le hacía falta saber nada de la triste nota ni del cadáver en el río. La familia de la fallecida no necesitaba añadir una cucharada de estigma a su dolor. Kelen no habría sentido lo mismo por ella si hubiera estado viva y siguiera siendo peligrosa, pero no era el caso, así que lo único que le inspiraba era lástima.

–¿Ha muerto? –El comerciante parecía alarmado–. ¿Supondrá eso un problema? ¿Puedes quitarme la maldición de encima?

–Hablar con quien lanza el maleficio siempre ayuda, pero lo único que necesito es conocer el motivo de la maldición –respondió Kelen con seriedad–. Y no es ningún misterio, ¿verdad? ¡Usted es el motivo! Ni siquiera importa cuál de sus víctimas lo maldijera, porque en este caso el problema es usted.

»Usted fue quien hizo que alguien se desesperase lo suficiente para lanzar una maldición. Usted es el que tiene las manos manchadas de sangre. Y, gracias al maleficio, ahora lo puede ver todo el mundo.

–¡Eres un agitador! –El comerciante estaba recuperándose de la sorpresa–. ¿Para quién trabajas? ¿Quién te ha pagado para venir aquí y decirme todo esto?

–¡Usted, imbécil! –estalló Kelen–. ¡Me ha pagado para librarse de su maldición y estoy diciéndole cómo hacerlo! ¿Qué espera de mí, que le dé un ungüento? Una maldición no puede curarse, sino que tiene que destramarse. Hay que encontrar las razones que la tramaron y averiguar cómo deshacer la urdimbre. Y la única manera que veo de que pueda conseguirlo es... disculpándose.

»Tiene que comprender lo que ha hecho mal, arrepentirse y cambiar. Así que deberá pasar un mes recolectando seda en los pantanos de los Salvajes, o quitando las espinas y la arenilla de la pelusa pegajosa hasta que le sangren los dedos, para entender la vida de sus empleados. Después, tendrá que buscar el modo de enmendar el daño que ha hecho y cumplir penitencia por lo que no pueda solucionar. Si lo hace durante el tiempo suficiente, entonces tal vez...

–¿Tal vez? –El comerciante exhaló una risa, horrorizado–. ¿Quieres que haga todo eso por una posibilidad? ¡Es ridículo!

Kelen se había dejado llevar de nuevo por la sinceridad. Sí, la conversación entera era ridícula.

–Muy bien –dijo–. Haga lo que quiera. Si paga lo suficiente a otra persona, seguro que le dirá que usted no tiene culpa de nada y le venderá un sombrero a prueba de maldiciones. No funcionará, pero al menos no serán maleducados.

–¡Escúchame, charlatán asqueroso! –El mercader se inclinó hacia delante–. ¡Devuélveme el dinero ahora mismo!

–¡Ni hablar! –gritó Kelen–. ¡He cumplido con mi parte del trato! ¡Le he dicho cómo librarse de la maldición! ¡No es culpa mía que sea usted demasiado estúpido para llevarlo a cabo!

El comerciante apretó un puño, se oyó un tic-tic-tic al hacerlo y se abrieron las costuras en los nudillos del guante, lo que hizo aparecer el plumón blanco por los huecos. Al verse más sangre color escarlata en las plumas expuestas, el comerciante emitió un gemido de pánico y se llevó la mano al pecho.

–¡Ve a buscarme otros guantes! ¡Una tela! ¡Algo!

A Kelen se le escapó un resoplido de alegría y, por lo visto, aquello fue la gota que colmó el vaso.

–¡Guardias! –gritó el hombre–. ¡Apresad a este farsante!

Netel se las apañó para que también la arrestaran, al pedirselo a los guardias educadamente. Podría haber escapado, pero allí estaba, con Kelen, en aquella celda donde sus opiniones tácitas ocupaban la mitad del espacio. Al parecer, ni siquiera confiaba en él para pudrirse en la cárcel sin compañía.

Parte de Kelen deseaba que se limitara a agarrarlo por el cuello de la camisa e increparle: «Pero ¿a ti qué te pasa?! ¿Por qué no has podido decirle a ese rico imbécil lo que quería oír? O también podrías haberte estado calladito mientras nos gritaba».

–Crees que deberíamos devolverle el dinero, ¿verdad? –dijo en tono acusador–. ¡Pues no pienso hacerlo! ¡Nos lo hemos ganado!

–Lo cierto –dijo Netel sin levantar la voz– es que no podemos. No tenemos bastante. Quieren que le pagues el guante. El que se rompió.

–¿Qué? –Kelen dejó de caminar de un lado a otro para mirarla fijamente–. Pero... ¡si fue culpa suya! ¡Tú lo viste! Apretó la mano y tensó las costuras...

–Y se dice que uno de los tapices de la sala se ha deshilachado por los bordes –continuó Netel con prudencia–. También quieren que lo pagues.

–¡No me puedo creer que estén tratando de responsabilizarme a mí de eso! –Kelen estaba escandalizado y furioso–. ¡Eso es... un crimen! ¡Un engaño!

Miró a Netel con la esperanza de que estuviera de acuerdo, pero no encontró su apoyo, sino que vio a la chica mirándolo impasible, enarcando las cejas ligeramente.

Netel parecía dócil e inofensiva si no la conocías. Por lo general, tenía un rostro inexpresivo, tal vez con cierto toque de preocupación. Parecía diluida, descolorida, como si estuviera esperando a que otra persona le ofreciera su punto de vista para hacerlo propio. Sin embargo, después de más de un mes viajando con ella, Kelen había aprendido a captar la calma y escuchar el silencio. Ahora se le daba muy bien oír lo que Netel no decía.

«Has vuelto a perder el control –no estaba diciendo–. Te dije que debías refrenarte. Cuando destramas una maldición, se des hacen otras cosas.»

El don que tenía Kelen para destramar maldiciones iba acompañado de un efecto colateral leve, pero bastante molesto. La tela más próxima a él se aflojaba con el tiempo y empezaba a deshilacharse. Este fenómeno se apreciaba sobre todo cuando Kelen perdía el control de sus emociones.

–¡Eso no fue por mi culpa! –protestó–. ¡Yo no destramé nada!

–Te enfadaste mucho –dijo Netel en un tono suave y prudente que a Kelen le resultó exasperante. Había algo en aquel aire que decía «uno de los dos tiene que ser razonable» que lo animaba a ser justo lo contrario–. Llevas de mal humor todo el día.

Eso era cierto. No había dormido bien debido a unos sueños inquietantes de los que recordaba la mitad y que lo habían dejado amargado y nervioso.

–¿Y qué? –Kelen alzó las manos, que llevaba enfundadas en unos guantes con tachuelas de hierro–. ¡Llevaba esto puesto!

El hierro mitigaba el efecto secundario que se producía al destramar, así que Kelen llevaba alambre en el forro del abrigo, de las botas y del sombrero. Pero los guantes con tachuelas que le cubrían las astutas y callosas manos de tejedor eran lo más importante.

El comerciante había exigido conocer el motivo por el que llevaba esos guantes, así que Kelen le había contado lo del efecto colateral y ahora parecía que el hombre lo estaba usando como excusa para culparlo de todo hilo suelto y costura rota.

–Y aunque no los hubiera llevado puestos, no habría pasado tan rápido, ¿eh? –señaló Kelen–. No voy por ahí descosiendo la ropa de la gente cuando me enfado con ellos. Ya me gustaría.

La verdad era que sí había pensado que el imbécil del comerciante se tenía bien merecido que los guantes se le hubieran caído de las manos ensangrentadas. Pero los pensamientos no deshacían la tela.

Netel era como un cinturón que rozaba. Familiar, irritante, cada pequeña fricción se iba añadiendo a las otras mil. Reconfortante, necesaria. Inevitable, cada punzada de irritación se mezclaba con la culpa y cierto sentido de obligación. Bien podría haber sido un miembro de su familia.

Su rareza era algo que solo advertías cuando le prestabas atención, y la mayoría de la gente no lo hacía. Siempre mantenía la cara y el cuerpo demasiado quietos. Todas sus emociones eran meticulosas y prudentes, como si estuviera acostumbrándose a dirigir su cuerpo, y, de hecho, así era. Kelen sabía que tenía quince años, como él, pero a los que no la conocían les costaba adivinar su edad. Tenía un rostro viejoven, una tersura curtida

que reflejaba tormentas a las que había sobrevivido. El chico se preguntaba si aquella rareza atemporal le duraría para siempre. Una adolescente con la cuidadosa gravedad de una anciana, y a su vez una anciana con el silencioso resplandor de un hada, propio de un cielo invernal.

Eso era gracias a y por culpa de Kelen. Netel era responsabilidad suya, y jamás permitía que lo olvidara.

Capítulo 2

GAL

Netel se encorvó sobre el alféizar del ventanuco y miró el cielo. Intentaba mantener la cabeza limpia, despejada e intocable, pero no era fácil, con Kelen caminando de un lado a otro justo detrás de ella.

–Ese comerciante irá a buscar al juez para que nos libere en cuanto se haya calmado –le decía a las paredes y al mundo por novena vez–. ¡Aún me necesita!

Netel inspiró y dejó por un segundo que el aire le refrescara los pulmones antes de contestar.

–No lo hará –declaró con una tranquilidad resuelta–. Lo humillaste. Se convencerá a sí mismo de que eres un fraude.

–Bueno..., ¡pues no debería! –Kelen fulminó a Netel con la mirada, como si obligándola a retractarse de algún modo cambiara la situación–. ¡Lo único que hice fue decirle la verdad!

Siempre se ponía así, se enfadaba con el mundo por no ser como debería. Su furiosa inocencia era agotadora. Kelen se puso a caminar de nuevo de un lado a otro y ella supo que la odiaba por tener razón.

El cielo era amplio y perfecto. Cuando Netel era pequeña, este no era más que el techo del mundo, el lugar donde guardar el sol y las estrellas. Desde entonces, había llegado a comprender la textura de aquel aire azul y salvaje. Conocía su fuerza fría, sus temblores vivos, su forma dulce y traicionera de soportar nuestro peso. Netel observó los pájaros y notó que su alma se extendía, como alguien a quien le habían amputado un miembro y quería estirar la extremidad perdida pero recordada.

«Odio pesar. Odio estar aquí. Odio tener razón.»

Como siempre, tenía razón. El comerciante no dispuso que los liberaran, sino que fue otra persona quien acudió al rescate de Kelen y Netel tan solo unas horas más tarde.

El visitante medía dos metros, pero al agacharse para pasar por la puerta y ponerse derecho, daba la impresión de ser más alto aún. Su abrigo de montar gris oscuro parecía bien confeccionado. El hombre no tendría más de treinta años, pero su complexión era también grisácea. Resultaba bastante intimidatorio, como si un león de piedra hubiera encontrado la manera de adoptar aspecto humano.

Netel sintió una punzada en los dientes. Aquel hombre tenía un toque de los Salvajes –podía percibirlo–, un pinchazo familiar, como la peor vuelta a casa. Entonces miró hacia ella y la chica vio que tenía el ojo izquierdo tapado con un parche de cuero rojo oscuro. Parecía caro y ostentoso, lo que solo podía significar una cosa.

«Es un jinete de los pantanos.»

Se quedó de pie, contemplándolos en silencio durante un rato. Era como si estuviese esperando, como si ellos hubieran pedido verlo a él y no al contrario.

–¿Qué? –dijo Kelen al final, impacientándose.

Por fortuna, el visitante no mostró indicios de sentirse ofendido.

–¿Queréis salir de aquí? –preguntó, con un acento mucho menos refinado que sus ropas. Netel dedujo que era de los muelles de Puertorvallo.

Kelen abrió la boca, pero ella intervino enseguida, antes de que pudiera decir nada sarcástico.

–Sí –respondió–, claro.

–Bien –dijo el desconocido.

Hubo otra pausa. O estaba intentando ponerlos nerviosos o no consideraba el habla una aptitud particularmente valiosa.

–El comerciante ha cambiado de idea, ¿no? –preguntó Kelen, lanzándole una mirada de triunfo a Netel.

–Aún no –contestó el desconocido–, pero si el dinero habla, escuchará. Me llamo Gal y me han enviado para haceros una oferta.

–¿Quién te ha enviado? –quiso saber Kelen, aunque a Netel también le picaba la curiosidad.

Cualquiera que pudiera pagar los servicios de un jinete de los pantanos debía de ser muy rico.

Los caballos de los pantanos eran criaturas de los Salvajes Profundos. Los humanos no podían criarlos, atraparlos ni domarlos. Se decía que solo podían adquirirse comerciando con el pueblo de los Barcos Blancos, en uno de los Mercados a la Luz de la Luna que se montaban donde los Salvajes se encontraban con el mar. El precio de uno de esos animales normalmente era un ojo humano vivo, de buena vista y color bonito, cuyo dueño debía dar voluntariamente. Puesto que a los ricos no les gustaba renunciar a sus globos oculares, solían pagar una fortuna a alguien pobre o lo bastante desesperado para entregar uno de los suyos.

Sin embargo, tales apaños tenían consecuencias. El rico comprador tal vez se figurase que era el dueño del caballo de los pantanos, pero el animal sabía muy bien a quién pertenecía el ojo que había comprado su lealtad. La mayoría de los propietarios se tomaban el vínculo inquebrantable con filosofía y pagaban al tuerto desgraciado para controlar la bestia. Normalmente cualquiera que supiese lo que le convenía trataba con respeto a dicho cochero o cochera.

–Hay preguntas que no contestaré –se limitó a decir el desconocido–. Y esa es una de ellas. Si supone un problema, nos ahorraré tiempo a todos y me marcharé ya.

–No puede esperar que...

–¡Kelen! –lo reprendió Netel.

Él suspiró con rabia y luego se encogió de hombros. Tras una pausa, Gal continuó:

–Tienes un talento poco común, chico. Hay muchas personas que aseguran poder destramar maldiciones a cambio de dinero, pero son todos unos mentirosos. En cambio, tú sabes hacerlo de verdad. A estas alturas deberías ser rico. Pero no lo eres. Vas de una ciudad a otra, lleno de esperanza y con el estómago vacío.

Netel intercambió una mirada con Kelen. El desconocido sin duda estaba bien informado. Radiz estaba repleto de estafadores que vivían a costa de los desesperados, a los que aseguraban poder curar de sus maldiciones. A un quinceañero desaliñado como Kelen le resultaba difícil convencer a la gente de que no era otro charlatán más. Su actitud también le había hecho ganarse muchos enemigos. Sus logros por fin empezaban a conocerse, pero también había muchos que habrían blasfemado a lo grande ante la mención de su nombre.

–Necesitas protección –continuó el desconocido–, y alguien que responda por ti. Alguien que pueda ofrecerte clientes ricos y hacer que la gente se lo piense dos veces antes de encerrarte.

–¿Te refieres a un padrino? –A Kelen le había molestado aquello, estaba claro, pero era demasiado sincero para negar la verdad en las palabras del desconocido–. ¿Un padrino misterioso y anónimo?

–Si prefieres llamarlo así... –dijo Gal–. Te diremos qué maldiciones destramar y nos encargaremos de que te paguen bien por ello. No te faltarán ni alimento ni alojamiento. Y créeme, nadie te ignorará ni te subestimaré si apareces en un carruaje tirado por un caballo de los pantanos.

–Entonces, vendrías con nosotros –dijo Netel bruscamente.

Un caballo de los pantanos domesticado no iba a ninguna parte sin su jinete, y viceversa.

–Si aceptáis mi protección y orientación –contestó Gal sin alzar la voz.

–¿Orientación? –Kelen lo hizo sonar como una palabrota, y Netel no lo culpó–. ¿Te refieres a que nos darías órdenes?

–Consejos –lo corrigió Gal–. Y supervisión.

–¡No nos hace falta que nos aten corto!

–No todos estarían de acuerdo contigo –respondió Gal, y dejó que el silencio se extendiera.

Netel sabía cómo se usaban los silencios y no le resultó difícil llenar aquel. «Pones a la gente nerviosa con tu extraño talento y el modo como deshaces los nudos de los secretos ajenos. No puedes controlar tu genio y no tienes intención de hacerlo. Causas problemas.»

–Entonces ¿para qué te has molestado en venir? –preguntó Netel.

Gal la miró, y fue un poco como enfrentarse a un viento húmedo. El ojo que le quedaba era gris oscuro, como su abrigo, y brillaba casi tan poco como este.

–Mi patrona necesita a alguien que sepa destramar maldiciones –respondió–, y hay un asunto que investigar. De hecho, creo que os interesará saber de qué se trata.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Kelen.

–Los dos habéis metido entre rejas a una docena de personas, ¿no? –dijo Gal.

–Dieciséis –lo corrigió Kelen.

Destramar maldiciones casi siempre implicaba identificar a quien había lanzado el maleficio, y luego se lo entregaba a las autoridades para su arresto.

–¿Sabéis qué les pasa después? –preguntó Gal.

–Los mandan al Hospital Rojo. –Kelen se movió, inquieto.

–¿Y después? –presionó Gal–. ¿Alguna vez les habéis seguido la pista? ¿Alguna vez los habéis visitado?

–¡No! –exclamó Kelen nada contento–. ¡Soy la última persona a la que querrían ver!

Netel comprendía que quisiera evitar a los internos enfadados que lo odiaban, pero esa actitud también era muy típica de él. Siempre dejaba atrás las cosas que le molestaban para olvidarse de ellas.

Gal asintió para sus adentros –al parecer, no le sorprendía–, y luego se metió la mano en el bolsillo. Sacó un trozo de papel sucio y arrugado y se lo pasó a Kelen. Netel se asomó para leerlo por encima del hombro del chico.

Una buena elección. Tiene todas las razones del mundo para desear venganza contra el joven destramador de

maldiciones. Al fin y al cabo, él es quien la metió entre rejas.

No estaba firmado.

–¿De dónde has sacado eso? –quiso saber Kelen–. ¿Quién lo ha escrito? ¿De quién habla?

–No lo sabemos –contestó Gal–. La encontraron entre las pertenencias de un delincuente muerto y no hemos identificado la letra. Pero creemos que el destramador al que se menciona eres tú.

«Claro que es él», pensó Netel mientras se le helaba la sangre. Kelen siempre hablaba de deshacerse de las maldiciones con ese verbo: destramar. Así era como veía las cosas, como una maraña de hilos que debía desenredarse.

–Y ¿qué significa? –preguntó la chica–. ¿Que unos delincuentes están tratando de conseguir que alguien le lance una maldición a Kelen para vengarse? ¿Cómo iba a echarle el maleficio esa persona, si está encerrada en el Hospital Rojo?

–Buena pregunta. –Lo que se vislumbró un instante en el rostro de Gal probablemente fuese una sonrisa–. Hasta donde sabemos, los prisioneros están muy controlados. No debería haber manera de que pudieran afectar al mundo exterior ni hacer daño a nadie. Pero mi patrona piensa que algo se nos escapa. Vosotros dos tenéis instinto para detectar a los maldecidores, y un don para sonsacar secretos. Quiere que vayáis a husmear al Hospital Rojo, para ver si todo está tan controlado como debería.

–¿Y si no aceptamos tu oferta? –preguntó Kelen–. ¿Y si decimos que no?

–Me marchó –respondió Gal enseguida.

No hubo amenaza. No hizo hincapié en la desesperante situación en la que se hallaban. Kelen volvió a mirar a Netel.

–Déjame que lo hable con mi amiga –pidió.

Cuando Gal hubo salido de la celda, Kelen se agachó, de espaldas a la pared, frunciendo el ceño.

–Podría haber escrito él mismo la nota –murmuró claramente alterado–. ¿Qué opinas de ese hombre?

«Es frío y raro», pensó Netel, pero no servía de nada mentar lo obvio. El pacto con un caballo de los pantanos te cambiaba, y no te convertía precisamente en alguien más alegre.

–Le da igual si aceptamos –contestó en cambio–. Si decimos que no, no va a negociar. Se marchará y punto.

–Obviamente –bufó Kelen–, pero quizá deberíamos negarnos de todas formas.

Netel no dijo nada.

–Ah, ¿no estás de acuerdo? –inquirió Kelen.

–¡No te voy a decir lo que pienso! –exclamó Netel–. ¡Harás justo lo contrario!

–Entonces ¿qué sentido tiene hablar contigo? –Kelen se miró los puños con el ceño fruncido y suspiró–. Nos está ofreciendo una vía de escape y necesitamos salir de aquí. Eso me ha quedado claro, ¿vale? ¿Es eso lo que quieres que diga?

–No –dijo Netel muy tranquila.

–¿Qué?

–No me gusta ese hombre. Ni este asunto. Nada de nada.

–Pero ¡si tú eras quien quería escucharlo! –gritó Kelen.

Netel vaciló, intentando encontrar las palabras que expresaran su inquietud. «Huele a hierbajos del pantano», habría dicho su madre. Y la verdad es que era como la fragancia rica e insidiosa de la podredumbre dulce y salada que te decía que habías girado donde no debías, que el hambriento cenagal que no veías estaba a tan solo un incauto paso de distancia...

–Es... –volvió a intentarlo–. El acuerdo resulta demasiado tentador, y el precio parece demasiado bajo. Lo que significa que debe de ser demasiado alto, pero no lo sabemos todavía.

–¿Y cómo vamos a salir de aquí, entonces? ¿Y qué hay de la nota?

Como Netel había predicho, Kelen le llevaba la contraria. Lo veía hacerlo, aunque él no se diera cuenta de que lo hacía. Era increíble.

–Si tenemos un enemigo secreto, quiero saberlo –afirmó Kelen, como si ese hubiera sido su argumento desde el principio–. ¿Tú no? Y si está sucediendo algo turbio en el Hospital Rojo, ¿no deberíamos averiguarlo? Si cerramos el trato con Gal y no sale bien, siempre podemos largarnos, ¿no?

Netel se apartó de él, conteniendo su mal genio como un caracol retrae los cuernos. Volvió la mirada al cielo e intentó dejar que su azul relajante se vertiera sobre su cabeza.

–Haz lo que quieras –le dijo con serenidad.

Y, por supuesto, eso fue lo que hizo Kelen.

El carruaje negro aguardaba a las puertas de la cárcel, bloqueando la mitad de la calle, pero nadie protestó. Los peatones mantenían la distancia con el caballo de pelaje negro y lustroso que tiraba de él.

El animal era demasiado grande, demasiado hermoso, y relucía como el cuero pulido. No se movió inquieto como los demás caballos, ni sacudió las orejas, nervioso, cuando Netel se le acercó. Sus resuellos formaban nubecitas de vaho frente a su hocico, a pesar del calor que hacía.

Tampoco olía a caballo. Olía a lluvia.

Gal se aproximó a él y le acarició la crin lenta y suavemente,

con una concentración total. No como un hombre calmando a una bestia. A Netel le recordó al saludo de unos amantes o a la forma de estrecharse la mano en silencio de los compañeros de batalla.

El hombre la miró y la invitó a entrar en el carruaje con un movimiento de la cabeza. La chica subió a uno de los asientos y colocó el pequeño fardo con sus bienes materiales abajo, a su lado.

–A tu amigo lo está sermoneando el juez –dijo Gal, respondiendo a la mirada inquisidora de Netel–. No tardará.

«Eso es lo que tú te crees.» La chica sospechó que la discusión a voz en grito probablemente duraría un rato.

–Necesitarás ropa nueva si vas a viajar con nosotros –comentó en cambio–. Tu abrigo tiene un pase, pues es de lana afieltrada. Pero la camisa de algodón... –Negó con la cabeza–. No está bien terminada. Te hará falta algo con hebillas y botones, sin cordeles.

Ellos solo llevaban ropa de fieltro, de cuero o de seda espesa de los pantanos. La tela tejida se deshacía cerca de Kelen, no enseguida, sino poco a poco.

–Así que tú eres Netel –dijo Gal tras una pausa–. Creía que serías más... delgada. Puntiguda.

–¿Con una nariz de quince centímetros y las rodillas dobladas hacia atrás? –sugirió ella. Todo el mundo esperaba algo parecido–. Lamento decepcionarte.

–Antes erais cuatro, ¿no? –preguntó el jinete.

–Sí –contestó la chica con sequedad, y no añadió nada más.

Si a Gal le gustaba el juego del silencio, a ella tampoco se le daba mal.

* * *

La verdad es que sí habían sido cuatro. Dos hermanos y dos hermanas. Cole, Yannick, Iris y Netel.

Netel había estado muy unida a su hermana mayor, Iris, que a veces era amable, y otras, impaciente, pero siempre estaba segura de que ella seguiría su ejemplo. Formaban un frente unido en las disputas cuando Cole se ponía en plan mandón sabelotodo, o cuando Yannick intentaba escaquearse de las tareas.

Su madre no había sido buena ni blanca como el alba, pero tras su muerte se había ganado la dulzura de la distancia, como una colina azul y brumosa. Cuando Netel la recordaba ahora, era como un corazón cálido de una época tranquila que solo había llegado a apreciar una vez se hubo terminado.

No había estado tan mal por aquel entonces, suponía. Aunque su familia y ella vivieran en los bosques pantanosos de los Salvajes.

Su pueblo estaba situado en los llamados Salvajes Superficiales, que eran zonas de tregua. A los seres humanos se les permitía construir allí..., y otras cosas podían ir y venir a su antojo, aunque normalmente no lo hicieran.

Por aquel entonces, no parecía peligroso, tan solo bastante aburrido. Los padres de Netel tenían suficiente dinero para poseer una casa de ladrillo en uno de los afloramientos rocosos, y no un palafito de madera. Había un bosquecillo de perales de la miel y una barca azul atada junto al arroyo. Había demasiados hermanos, todos mayores y más amigos de las discusiones que Netel, y demasiado poco que hacer: sin mercados, sin noticias, sin calles bulliciosas, sin sorpresas.

Después, todo eso se acabó. Su madre falleció debido a una fiebre y se llevó la infancia de sus hijos consigo.

Su padre se casó con otra mujer, y Netel aún no podía pensar

en ella con claridad. Su enfado y miedo la asustaban. Le cegaban la mente, como si mirase al sol.

Aunque Netel solo tenía nueve años, había empezado a darse cuenta de que la odiaban. Su madrastra la detestaba, lo mismo que a sus otros tres hijastros. Netel no sabía por qué, tampoco lo averiguó nunca. A lo mejor nunca había habido un motivo, salvo que a veces estas cosas pasan, sobre todo en los Salvajes. A veces el odio era algo salvaje. Era como esperar que un lobo fuera justo o razonable.

Durante dos años, todos vivieron entre las cálidas sonrisas y el odio de su madrastra. Nadie sospechaba que una maldición crecía en el interior de la mujer hasta que fue demasiado tarde.

Una buena mañana, se llevó a los cuatro niños en la barca y, en mitad del lago pantanoso de un verde aterciopelado, adornado con libélulas, liberó la maldición que llevaba dentro.

No fue dolor lo que Netel sintió cuando sus huesos cambiaron en su interior. No pensó que lo fuera, pero ahora esa palabra tenía tantos significados en su cabeza que no estaba segura. No fue exactamente la muerte lo que experimentó mientras se le cerraba el cerebro como un puño y su personalidad salía silbando como granos de arena entre sus dedos apretados.

No recordaba ver la transformación de los demás, aunque sus sueños lo habían descrito desde entonces. Iris se convirtió en una paloma blanca, el rostro de Cole se endureció hasta que apareció en él el pico de un halcón, los gritos de dolor de Yannick se trocaron en el graznido de una gaviota... No obstante, supo lo que le había sucedido a Iris casi en cuanto cambiaron. Incluso su mente de garza, fría y estrecha como el pedernal, recordaba la forma blanca ensangrentada entre los matorrales, que aleteaba y se retorció mientras la destrozaba el impaciente pico de un halcón.

Los tres años siguientes fueron interminables y efímeros como un sueño, un presente implacable y perpetuo en el que el tiempo no tenía sentido.

Comida. Vuelo. Miedo. Instintos automáticos que la hacían actuar sin pensar, dominaban su cuerpo y gobernaban su mundo.

Lo único que traspasaba su trance de garza era Yannick.

A veces alzaba la vista y sus atentos ojos negros veían otro pájaro planeando por encima de ella y lo reconocía. Algunos trocitos de sí misma volvían a ella. Había perdido algo, ¿no? Y la gaviota de allí arriba era..., era...

A Netel aún la torturaba acordarse de que no era un ave de verdad. «Algo pasa. Esto no es real. ¿Por qué no puedo pensar? ¿Por qué no puedo recordar? Antes era capaz de utilizar el cerebro y ahora no.»

Entonces, durante un instante, sabía quién era y lo que le había ocurrido. Se aferraba a ese conocimiento, pero era como intentar pensar con claridad durante una fiebre enloquecedora. Salía de sí misma, daba la vuelta y se perdía. Una y otra vez.

Nunca vio a su hermano el halcón ni pensó en su hermana la paloma, pero la gaviota siempre volvía a ella, y cada vez que estaba allí, Netel recuperaba un poco de sí misma durante un breve instante. El tiempo justo.

Y entonces, un día, se curó.

Fue doloroso recuperar sus extremidades humanas aquel día gris junto al verde lago pantanoso. Había caído allí, en el lodo, desnuda y temblando. Oyó a alguien cerca de ella que no dejaba de gritar. Un muchacho mayor, con los ojos muy abiertos, que se arañaba su propia cara. Era Cole, al que había olvidado hacía tanto tiempo. Una vez recuperada su forma humana, se había

dado cuenta de lo que habían hecho sus garras de halcón a su hermana la paloma.

En lo alto, en el cielo, la chica vio una gaviota volando en círculos. «Yannick.» Ahora sabía su nombre. Levantó una mano hacia él sin pronunciar palabra, suplicándole que no la abandonara, rogándole que la acompañara en su nuevo mundo dolorosamente alerta.

No. Oyó su respuesta con claridad en su mente. La gaviota se inclinó en el viento y se alejó hasta desaparecer de su vista.

Pasaron unos minutos hasta que se dio cuenta de que había otro chico de pie en la orilla, mirando a Netel y a Cole, estupefacto por el horror. Llevaba puestos unos guantes gruesos con unos remaches metálicos y sostenía en las manos cuatro medallones y un ovillo de bramante.

—¿Qué le pasa? —Se quedó con la vista clavada en el cuerpo enroscado de Cole, que no dejaba de chillar—. ¿Dónde están los demás? ¡Teníais que ser cuatro!

Netel se sentó en el carruaje de Gal a esperar a Kelen. Aguardaba a su salvador e intentaba, como siempre, dar las gracias por su suerte.

«Esto es real. Esta soy yo, con este cuerpo tosco más alto de lo que recuerdo de hace cuatro años. Esta medio mujer desconocida que sangra una vez al mes. Este rostro con expresiones que he olvidado cómo usar. ¿Por qué no lo siento como propio? ¿Por qué es tan agotador renquear por el suelo con estos pies blandos? ¿Por qué me cuesta tanto estar con las personas y fingir ser una de ellas?»

«Antes era capaz de volar. Y ahora no.»

Capítulo 3

EL HOSPITAL

Había sido una semana dura, y un día malo. Aun así, Kelen admitió para sus adentros que había cierta satisfacción en salir de la ciudad como un rey. La gente se quedaba mirando el caballo de los pantanos, tirándose de la manga unos a otros y señalando..., y después se pasmaban al ver a un adolescente desaliñado y problemático a quien conocían saludándolos con la mano desde un lujoso carruaje.

Quizá Netel tuviese razón. Tal vez los estuvieran conduciendo a un nuevo cautiverio. Pero al menos lo hacían con estilo.

Por fuera el carruaje estaba pintado de un negro brillante, pero por dentro estaba barnizado de un color café oscuro, con unos asientos acolchados de un tono verde oliva y cortinas en las ventanas. Rebotaba suavemente al pasar por los baches del camino en vez de sacudirte los huesos, como hacían las carretas de los granjeros.

¡Y qué velocidad! El caballo de los pantanos avanzaba raudo incluso en las cuestas más empinadas. Adelantaba carros y ca-

lesas, carrozas y jinetes solitarios, mientras los mojones e hitos pintados con colores llamativos pasaban como el rayo.

Netel iba acurrucada en el asiento que miraba hacia atrás, envuelta en una manta suave y abrigada, como si tuviera frío. Tan solo mostró interés cuando Kelen abrió el cesto de mimbre que estaba apoyado en el suelo, sacó un trozo de pan compacto y le dio un bocado. Las semillas se le pegaron a las encías y la seca corteza absorbió la humedad de su lengua. Fue magnífico.

–No te gustaría –dijo alegremente, aunque apenas se le entendía–. Lo más seguro es que esté envenenado.

Netel metió una mano en el cesto, cogió un poco de pan para ella y se lo comió con auténtica dedicación. El cesto resultó contener también cuatro manzanas, galletas de avena integral y un pequeño queso de cabra redondo envuelto en unas hojas de color morado oscuro.

–Bueno –dijo–, al menos sabemos que nuestro padrino tiene buen gusto respecto al queso.

–Y que es una mujer –apuntó Netel en voz baja.

–Sí. –Kelen también había advertido que Gal se había referido a aquella persona en femenino–. Y rica.

–¿Crees que trabaja para la Cancillería? –preguntó Netel.

–Tal vez –respondió Kelen.

Radiz no estaba gobernado por un monarca, por nobles ni por un parlamento, como otras naciones vecinas, sino que lo dirigía la Cancillería, una enorme federación en constante crecimiento de comerciantes y administrativos.

La primera Cancillería la habían constituido hacía siglos los comerciantes de una población con mercado próxima a los Salvajes. Su objetivo había sido asegurarse de que los lugareños pudieran comerciar sin temor. La gente necesitaba saber que

no estaban comprando un caballo que iba a convertirse en una bala de heno, ni manzanas que iban a hacerles dormir durante cien años, ni muebles que regresaran galopando a su anterior propietario.

Así, la Cancillería acuñó monedas de acero, para que no se convirtieran en hojas secas al alba. Supervisó las ventas y redactó contratos sin vacíos legales traicioneros. Repartió collares de hierro grabados a los comerciantes y vendedores ambulantes que eran de fiar. Cuando la Cancillería tomó las riendas de aquella población, se convirtió en un lugar seguro y próspero. Otras ciudades constituyeron sus propias cancillerías y, al final, todas unieron fuerzas para establecer una única entidad que gobernase Radiz.

–Debe de tener influencia para poder meternos en el Hospital Rojo sin previo aviso –dijo Kelen pensativo–. Dudo que la mayoría de la gente pueda entrar allí por las buenas.

–La mayoría de la gente no querría ni acercarse –murmuró Netel, que parecía más pálida que de costumbre.

Kelen quería morirse. ¿Por qué no se le había ocurrido pensar cómo se sentiría su amiga al visitar el Hospital Rojo? Estaba lleno de maldecidores, justamente las personas a las que tenía más razones para considerar sus enemigos.

–No hace falta que entres –se apresuró a decir.

–No te preocupes –le respondió sin mirarlo.

Kelen sintió una pizca de gratitud. Aunque no quería admitirlo, a él tampoco le hacía mucha ilusión visitar el hospital.

El Hospital Rojo se había construido en una hondonada entre dos cumbres, porque nadie quería verlo desde ninguna de las carreteras principales. Aparte de un antiguo peaje y unas cuantas

casitas de piedra gris, donde vivían los empleados, no había nada más en muchos kilómetros a la redonda, salvo verdes laderas.

Aunque Kelen nunca había visto el hospital, lo reconoció en cuanto apareció a lo lejos. El erguido edificio de numerosos gabletes era del rojo vívido y sucio de una herida coagulada. Al parecer, en tiempos había sido negro, pero la capa externa de su revestimiento de hierro se había oxidado tras veinte años de fuertes lluvias de las montañas. Incluso había dejado una mancha rojiza como la sangre cuesta abajo.

Mientras el carruaje descendía por el camino serpenteante hacia el hospital, Kelen sintió que algo le apretaba las costillas. Por norma general, el hierro no le molestaba. De hecho, sus guantes lo reconfortaban. Sin ellos notaba el cosquilleo de algo ondeando suelto, como el pelo largo en la brisa. El hierro de sus guantes lo amortiguaba y lo dominaba, fuera lo que fuese. Sin embargo, acercarse a tanto hierro lo atenuaba y lo subyugaba demasiado. Era pesado.

Cuando Gal detuvo el carruaje delante del edificio, Kelen tenía la boca seca. Salieron unos celadores, y Gal bajó del carruaje para entregarles una carta. Kelen solo pudo distinguir un sello de lacre en una esquina. De inmediato, los celadores se pusieron nerviosos y muy corteses, y uno de ellos regresó corriendo al interior.

Al cabo de unos minutos, salió del edificio un hombre alto y enérgico, con el pelo algo largo, de tonos rubios y grises. Parecía cansado, pero se les acercó saltando con un resuelto entusiasmo, como si no hubiera agotado sus particularidades de la infancia y hubiera decidido conservarlas.

—¿Señor Gal? —Le dedicó una sonrisa de agobio—. Soy el doctor Lethenbark. Entiendo que quiere inspeccionar el hospital y nuestras medidas de seguridad.

Pareció un poco sorprendido cuando Kelen y Netel bajaron del carruaje, pero aceptó la explicación de Gal de que eran sus ayudantes. Al advertir la expresión inquieta de Kelen, el doctor le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

–¡No te preocupes! –exclamó–. El hospital es muy seguro. Nadie puede lanzar una maldición en este edificio.

–Ya lo sé –dijo Kelen–. Pero... aquí hay personas a las que no les alegrará mucho verme.

Estaba empezando a encontrarse mal.

–Es que no te van a ver –respondió el médico–. Ven conmigo.

Una puerta negra con siete cerraduras se abrió a un pasillo con las paredes tapizadas de una tupida tela negra y una sucesión de lámparas en el techo. A intervalos, había una serie de contra-ventanas de madera de un palmo de largo, a un metro y medio del suelo.

–Las paredes están insonorizadas –murmuró el médico–. Si hablamos en voz baja, no molestaremos a nadie. –Abrió uno de los pequeños postigos y le hizo una seña a Gal para que se acercara–. Es seguro mirar. No nos ven.

Kelen abrió otra pequeña contra-ventana para revelar una lente similar a la de un telescopio. Cuando acercó el ojo, se halló mirando un patio reducido, iluminado por el sol.

Allí vio a un montón de pacientes. Algunos estaban sentados, leyendo junto a la fuente central. Otros paseaban por los caminos de gravilla blanca o charlaban a la sombra de unos árboles de acero ornamentados. Ninguno se movía más allá de arrastrar los pies, sujetos por el peso de las láminas metálicas que llevaban cosidas a la ropa y de los grilletes sin cadenas que les rodeaban las muñecas y los tobillos.

–¡Están todos sueltos! –Kelen se apartó de la lente. No era que quisiese ver a tristes cautivos encadenados a un poste, pero aquel panorama lo aterrorizaba de otra manera–. ¿Se podrían escapar?

–El recinto es más seguro de lo que parece –respondió el médico–. Además, esos son los «voluntarios». Ninguno quiere escaparse. Todos pidieron que los encerraran aquí porque temen poner en peligro a otros.

–¿Vinieron aquí por su propia voluntad? –Kelen volvió a mirar a los presos.

–Sí –contestó el médico–. Pasa de vez en cuando. Cuando aparecen los síntomas y se dan cuenta de que tienen el huevo de maldición creciendo en su interior, algunos deciden resistirse. Acuden a nosotros y los ayudamos a luchar contra ello.

A menudo denominaban «huevo» a una maldición que aún no se había lanzado. En realidad no se le parecía en nada, ni siquiera tenía forma sólida, sino que se trataba de una cosa que esperaba eclosionar y liberar una maldición al mundo.

–¿Funciona? –preguntó Netel–. ¿Alguna vez desaparece el huevo de maldición?

Estaba echando un vistazo por una de las ventanas, con el rostro tranquilo, pero extrañamente inmóvil. A veces costaba saber qué estaba pensando. ¿Tal vez cómo habría sido su vida si su madrastra hubiera vivido lo suficiente para que la arrestaran? ¿Se imaginaría acercándose a una de esas mirillas para ver encadenada a la mujer que le había lanzado la maldición?

–No hacemos milagros –respondió el médico con tristeza–, pero podemos evitar que liberen algo terrible al mundo y tengan que vivir con eso el resto de su vida.

–Así que se quedan aquí para siempre –dijo Netel de manera

inexpresiva-, leyendo libros. ¿Y qué hay de los que no se entregan? ¿A los que localizan y arrestan?

–Con esos tenemos muchísimo más cuidado –contestó el médico, y les hizo una seña para que lo siguieran por el pasillo.

En esa zona se veían por las mirillas unas celdas más pequeñas, donde individuos solitarios caminaban con dificultad o estaban sentados medio despatarrados. Los suelos eran de mosaico y las paredes estaban cubiertas con murales, como si los poderes fácticos hubieran intentado mitigar su desolación. Aquellos reclusos llevaban grilletes más pesados y cascos de hierro bien sujetos.

Había una chica sollozando en su celda.

–¡Yo no he hecho nada! –protestaba-. ¡No he hecho nada, no he hecho nada!

Kelen siempre se sentía incómodo ante el encarcelamiento de alguien antes de que hubiera lanzado la maldición. Pero si sabías dónde buscar, había pistas de que eran maldecidores en potencia, y así se los identificaba. Algunos mostraban arranques de ira incontenida o veían cosas que otros no podían. No, no era justo encerrar a una persona inocente, pero ¿qué se podía hacer si no? Sería como decir que era injusto quitar una flecha de un arco tensado porque aún no había herido a nadie.

La chica miró con furia hacia la puerta, con la cara contraída por el odio. Durante un momento, Kelen casi olió la brisa de los pantanos de los Salvajes y sintió las emociones distorsionadas, clamando por que las liberaran. Luego la muchacha apartó la vista y de nuevo no fue más que una chica sollozando. Kelen cerró la contraventana en silencio. No era de extrañar que la hubieran descubierto.

–¿Podemos continuar? –dijo de forma más brusca de lo que pretendía-. Tenemos que ver a los reclusos a los que arrestaron

después de lanzar la maldición. –Con el corazón a toda velocidad, le pasó al médico una lista con dieciséis nombres–. A estos en concreto.

El resto del hospital estaba dedicado a los declarados culpables, aquellos que habían lanzado al menos una maldición y los habían pillado.

–Las personas de mi lista... ¿están todavía aquí? –quiso saber Kelen.

–Desde luego. –El médico sonó sorprendido–. ¿Dónde iban a estar si no?

–A veces se da de alta a los pacientes, ¿no? –preguntó Nettel–. Si han cumplido su condena y no suponen una amenaza.

–No ocurre con frecuencia –dijo el doctor Lethenbark–. Lo más difícil es asegurarse de que estén rehabilitados de verdad. Ya sabéis cómo va esto. Una vez que alguien ha lanzado una maldición, hay muchas posibilidades de que lo vuelva a hacer. Canalizar tanto odio, tanto poder..., transforma el alma de forma permanente. Son propensos a alojar una segunda maldición, luego una tercera, una cuarta, y así sucesivamente.

–Pero aquí no pueden hacerlo, ¿verdad?

Kelen pensó en todos los maldecidores a los que había ayudado a atrapar, un *collage* de rostros retorcidos por el odio.

–No, no –le aseguró el médico–. Los hermanitos no visitarán a nadie aquí, por todo el hierro que hay. Pero eso dificulta la tarea de saber si nuestros pacientes volverían a lanzar una maldición si abandonaran el hospital. De vez en cuando, si un paciente ha estado tranquilo al menos cinco años, nos arriesgamos a mandarlo a otra prisión durante un periodo de prueba, para ver si muestra síntomas de desarrollar un nuevo huevo de

maldición. Si al cabo de un año todavía no lo ha hecho, se le da el alta. Pero nadie de tu lista lleva aquí el tiempo suficiente para que nos arriesguemos a trasladarlo.

–¿Cuántos no han pasado esa prueba? –preguntó Kelen–. ¿Cuántos han vuelto a lanzar una maldición?

–La mayoría –respondió el médico con pesar; sonaba cansado–. Casi todos terminan aquí otra vez.

Kelen fue pasando de una ventanilla a otra, con los pelos de punta, y se asomó a una celda tras otra, viendo una cara familiar tras otra.

Algunos estaban sedados, atontados, sentados con la vista clavada en la nada y los ojos enrojecidos. Otros estaban plácidamente absortos en la lectura, jugando a las cartas o pintando miniaturas talladas a mano. Algunos parecían malhumorados e introvertidos, con caras largas por el resentimiento o el aburrimiento. Todos estaban despeinados y pálidos por la falta del sol, pero, por lo demás, parecían normales.

–¿Veis el problema? –dijo el médico–. Muchas veces están muy calmados, parecen sensatos y normales. Pero de vez en cuando, la máscara se resbala...

–¡Sé que estáis ahí! –gritó una mujer llamada Marglás cuando Kelen se asomó a su celda.

El odio salía de sus ojos como un viento negro. Los músculos de su cara se retorcieron y fruncieron como un saco lleno de ratas. Kelen se retiró, presa del pánico, creyendo por un instante que de verdad lo podía ver.

–¿Se les permite salir alguna vez? –quiso saber Netel–. ¿Y recibir visitas o cartas? ¿Tienen algún tipo de contacto con el exterior?

–Los pacientes no salen de paseo, es demasiado arriesgado –contestó el médico–. Y nadie viene a verlos, me temo, ni siquiera

sus familiares. Leemos todas las cartas que llegan para nuestros pacientes, pero por lo general son de abogados. Divorcios, custodia de los hijos, familiares que se encargan de sus negocios... –Suspiró.

–Entonces..., si alguien escribiera a uno de sus pacientes y lo animara a vengarse de alguien... –dijo Kelen con vacilación.

–¡Ah, no, jamás les entregaríamos una carta así! –El doctor Lethenbark parecía sorprendido–. Mira, aquí está la última de tu lista. Jendy Pin.

Kelen se asomó a una nueva celda y vio a una joven delgada, hecha un ovillo en un rincón, con las rodillas contra la barbilla y el pelo desgredado saliendo por debajo del casco.

Kelen puso cara de preocupación y se volvió para mirar a sus acompañantes.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–¿A qué te refieres?

Gal frunció el entrecejo, parecía más alerta.

–¡Me acuerdo de Jendy! –exclamó Kelen–. ¡Intentó sacarme un ojo con un peine! ¡Es nervuda, de mandíbula larga y con un incisivo roto! ¡Esa de ahí no es Jendy Pin!

El doctor Lethenbark quedó profundamente consternado al oír que una de sus pacientes no era quien creían que era. Se apresuró a meter a sus invitados en su acogedor y desordenado estudio, donde empezó a prepararles un té, vertió el agua caliente en las tazas en vez de en la tetera y, al sentarse, se los quedó mirando fijamente.

–¿Estás completamente seguro de que no es ella? –preguntó–. Todo el papeleo estaba en orden. La trajeron directamente de Puertorvallo. ¡No entiendo cómo ha sucedido esto! ¿Se habrán equivocado de persona al arrestarla?

–Le aseguro que no –le contestó Kelen con firmeza–. Nosotros estábamos presentes cuando se la llevaron.

–¿Aún conserva los papeles? –inquirió Gal–. Nos gustaría verlos.

El médico sacó una carpeta y entregó a sus visitantes un documento con varios sellos y firmas. Por lo visto, la prisionera había estado encerrada en una celda de la Cancillería en Puerctorvallo, y después la habían trasladado con escolta en un barco prisión por el canal de Gryte, donde la había recogido el carruaje del hospital.

–¿Los carceleros podrían haber confundido a las presidarias? –preguntó Netel–. A lo mejor enviaron a la auténtica Jendy Pin a otra cárcel.

–Es poco probable –dijo Gal–. A los maldecidores arrestados los encierran en penitenciarías distintas.

–Debería haberla escuchado –se lamentó el médico, masajeándose las sienes–. No dejaba de decir que había habido un malentendido, que era una calderera ambulante de las tierras bajas. Decía que la habían drogado y secuestrado, y que se había despertado en nuestro hospital. Pero ¡muchos de los pacientes dicen cosas así! Y, bueno, se puso bastante violenta con los celadores, así que me temo que la hemos mantenido sedada estos cuatro meses. ¡Pobre mujer! ¿Cómo ha podido ocurrir esta confusión?

–No ha sido una confusión –dijo Kelen, oyendo temblar su propia voz–. No se puede drogar y secuestrar a alguien por accidente. Alguien cambió a Jendy Pin por la calderera a propósito. Y ahora ella anda por ahí suelta.

* * *

En el carruaje, los dos jóvenes iban en silencio. La comida se le estaba revolviendo a Kelen en el estómago, y Netel parecía tan mareada como se sentía.

No había enemigo más peligroso que un maldecidor. Una maldición podía salvar cualquier distancia, penetrar cualquier fortaleza, atravesar cualquier armadura. Podía encontrarte allá donde te escondieras, y ningún guardaespaldas podía defenderte de ella. Las únicas personas que estaban a salvo de los maleficios eran quienes los lanzaban. Los maldecidores no podían ser maldecidos. Para todos los demás, la única defensa era cargar de tanto hierro como fuera posible a un maldecidor en potencia.

Kelen se había convertido en el enemigo de dieciséis maldecidores, pero había intentado no darle muchas vueltas al asunto. Al fin y al cabo, estaban todos bien encerrados y no podían vengarse, o eso era lo que él pensaba. Ahora parecía que una había desaparecido tras haberse escapado.

Kelen no creía en vivir en el pasado. Prefería mirar hacia delante, coger al mundo por sorpresa, sin entretenerse ni mirar atrás. A tu espalda no había nada que mereciera la pena ver, solo restos, remordimientos y personas resentidas contigo por buenas o malas razones.

Sin embargo, incluso cuando no se vivía en el pasado, a veces este vivía contigo. A veces te recordaba e iba a por ti, en busca de venganza.

Capítulo 4

EL HERMANITO

Kelen no siempre había sido un destramador de maldiciones ambulante. Durante los doce primeros años de su vida, incluso había tenido un hogar. Jamás podría regresar allí, así que no valía la pena ni pensar en ello, pero a veces lo hacía de todos modos.

Ahora que había viajado, recordaba Kytelsual de manera diferente. En su imaginación amargada, veía el pueblo de la montaña como lo que era: un nudo de tiendas y casas, pagado de sí mismo, que se asomaba por encima de la muralla que lo rodeaba como un cotilla miraba por encima de una verja. Unos cientos de almas, con una plaza demasiado pequeña para jugar a la pelota, un rastrillo oxidado en la entrada, calles en cuesta y demasiado polvo en el viento.

A Kelen en su momento le había encantado. Había sido el centro de su universo. Cuando no estaba ayudando a su padre y a su madre con el telar, o enrollando hilo en las bobinas, trepaba a lo más alto de los muros desmoronados del pueblo.

Era al que mejor se le daba trepar, un guerrero de los muros, el rey de los gatos. Era motivo de orgullo estar siempre un poco más metido en líos que sus amigos. No demasiado. No eran problemas serios. Lo suficiente para que Kelen no les diera importancia cuando se reunía más tarde con su pandilla.

Siempre quedaban para fanfarronear (y, en algunas ocasiones desafortunadas, para mascar tabaco) en una de las ruinosas torres de vigilancia que ya no se utilizaban. En aquel nido de águilas cubierto de líquen, Kelen y sus amigos podían mirar al norte, hacia zonas más altas. Podían ver otros pueblos montañosos situados en cumbres a mayor altitud, sobre los que una ligera niebla manchaba el aire. Más allá de esas colinas, se cernían las indistintas formas de las cordilleras, flotando como nubes picudas.

Al este, el terreno descendía hacia el distante mar gris azulado. Las limpias e intensas cicatrices de las carreteras destacaban claras en la ladera de la colina, como arañazos en el barniz oscuro. Un túnel recién excavado en la pared de un acantilado había dejado abierta una boca redonda, sorprendida y sombría. El humo de los astilleros lejanos de Puertorvallo se elevaba en la costa, al noreste.

Si Kelen recordaba mirar, y el ambiente era el adecuado, podía llegar a ver los Salvajes.

Eso sí, tampoco había mucho que ver. Tan solo un margen largo y estrecho, obstruido con árboles verdes grisáceos que reseguían la línea de la costa. Si te quedabas mirando detenidamente los Salvajes, te dolían los ojos, así que nunca lo hacías durante mucho rato. Parpadeabas y apartabas la vista.

Kelen y sus amigos una vez habían jugado a intentar forzar sus mentes para ver bien los Salvajes. Había recitado entre su-

surros todo lo que sabía sobre los Salvajes por las historias que había oído para contrarrestar la voz que le decía que estaba mirando algo sin ningún interés.

«Caballos de los pantanos. Fuegos fatuos. Las damas de las manos blancas. Los hermanitos.»

No sirvió de nada. Incluso esas palabras se convirtieron en piedrecitas en su lengua y perdieron su significado.

–Me aburro –dijo al final uno de los amigos de Kelen–. ¿Hacemos otra cosa?

Y eso fue lo que hicieron.

Así eran los Salvajes.

Había tres cosas que abundaban en Kytelsual: el viento, los gatos y los tejedores. De las tres, los tejedores eran los más útiles y los que más problemas traían, con diferencia.

Siempre se podía localizar una zona de tejedores. No solo por el canto de los pájaros enjaulados que salía de sus casas ni por el clic-clac de los telares manuales. Había un ambiente arrogante, una insubordinación de manos ásperas. Esa fuerte confianza que procedía de saber que tenían unos aliados invisibles de muchas patas.

Bajo el Pacto, los hermanitos tenían más libertad en el territorio humano que otras criaturas de los Salvajes. No solamente se les permitía crear maldiciones, sino que también se les dejaba castigar el uso de cualquier máquina que consideraran una violación del Pacto. En la práctica, eran más propensos a involucrarse si el artilugio amenazaba el sustento de fabricantes y artesanos. Los hermanitos protegían a todos los productores, pero los tejedores eran sus favoritos, tal vez porque ellos también eran expertos en hilos.

No obstante, por regla general los tejedores no necesitaban que les ayudasen a destruir maquinaria. Si Kelen echaba la vista atrás a los primeros años de su infancia, su comunidad parecía hallarse en un estado semiperpetuo de guerra estimulante. En su mayoría eran disturbios por «telares idiotas», como los llamaba el padre de Kelen. Un rico comerciante cometía el error de llevar al pueblo uno de esos voluminosos artilugios que, según decía, haría más fácil la vida de los tejedores. Pero nunca los engañaban. ¿Una pesada máquina como esa, que hacía todo el trabajo por ti, sin el uso de la fuerza ni ninguna habilidad? ¡Era otra forma de quitarse de en medio a los tejedores! ¡Una manera de pagar a niños sin formación uno o dos peniques para encargarse de la máquina, que soltaría tela barata como un gato vomitando bolas de pelo! ¡Sus familias se morirían de hambre y Radiz se inundaría de ropa sin alma, sin arte! ¡A las armas!

Había alegría en la ira, porque a los tejedores se les daba bien rabiar. Al comerciante se lo sacaría de su casa, se lo metería en la fuente o se le azotaría el trasero en la plaza del mercado. Si los tejedores tenían oportunidad, también harían añicos aquella máquina ofensiva.

De vez en cuando, los hermanitos se involucraban, de parte de los tejedores. Kelen jamás había visto uno, porque rara vez se los veía lejos de los Salvajes, pero nunca estabas seguro de si estaban al acecho, dispuestos a salir de entre las paredes.

Cuando Kelen tenía doce años, la batalla contra los «telares idiotas» ya estaba ganada, y un nuevo enemigo alzó la cabeza. ¡El calicó! Kelen no entendía muy bien por qué el calicó era el mal, pero al parecer los tejedores de otros países no tenían el sentido de organizar una revuelta y no impedían que la gente usara los

telares idiotas, por lo que en esas tierras había mucha ropa de tela barata. La vendían a Radiz para que los tejedores se murieran de hambre o algo por el estilo.

Así que los vecinos de Kelen ahora no destrozaban máquinas, sino que rajaban calicó. Arrojan tinta y excrementos a cualquiera que fuera lo bastante antipatriota como para comprarlo o llevarlo puesto.

A Kelen le encantaban las épocas como aquella. De repente hacer trastadas y entrar en sitios sin permiso era un acto bueno, valiente y correcto. Tu panda y tú ya no erais problemáticos, sino soldados que luchaban junto a su familia, amigos y vecinos. Un grande y cálido «nosotros» revoltoso, contra un «ellos» frío y cobarde. «¿Has roto una ventana? ¡Buen tiro, joven Kelenito! ¿Crees que podrías lanzar una piedra a esa de ahí arriba?»

Así las cosas, ¿iba a dejar que los adultos rajaran la tela ellos solos? ¡Por supuesto que no!

Era fácil averiguar qué comerciantes almacenaban calicó. Todo el mundo lo sabía. Así que, una noche, Kelen se metió por la ventana trasera de la casa del comerciante. Recordaría aquella noche una y otra vez, para estudiar minuciosamente cada detalle hasta que empezaron a difuminarse como un dibujo que se había tocado demasiadas veces.

El interior del almacén estaba a oscuras. Era un espacio de techos altos, y la luz de la luna que se filtraba por las estrechas ventanas marcaba a rayas los fardos y los tablones del suelo, dorando las motas flotantes de polvo de seda.

Había dado tres apresurados pasos hacia los fardos antes de que su instinto lo detuviera. ¿Qué era eso? Un sonido tan débil que podría ser la casa asentándose, pero sigiloso y rítmico. Un susurrante y sedoso zic-a-zic-a...

El fardo más alejado se sacudía, muy levemente. Se acercó de puntillas cuando la curiosidad tiró de él como si tuviera un hilo invisible atado a la tripa. Habían rasgado la arpillera alrededor del fardo, y el calicó brotaba rosa y verde, iluminado por una franja de luz de luna.

En los tablones del suelo, debajo del fardo, había una maraña de hilo suelto de colores vivos, y en medio se encontraba algo del tamaño de una mano. Sus patas ocupadas tiraban del tejido suelto de la urdimbre tan rápido que no se veía con nitidez. Tenía forma de araña, su cuerpo era pálido y mullido, y sus patas, gruesas y negras.

Kelen sabía lo que debía de ser aquella criatura. Lo sabía por las descripciones y por la sensación de mareo, a medio camino entre el terror y la sensación de que la cabeza te da vueltas tras haber bebido sidra.

«Si alguna vez te encuentras con un hermanito –le había dicho su padre–, trátalo con respeto. Probablemente caigas presa del pánico, es lo que ocurre cuando te topas con una cosa de los Salvajes, pero por lo que más quieras, no pierdas la cabeza. No seas imprudente.»

Kelen vio cómo se destramaba la temblorosa tela con los ojos de un tejedor y supo el esfuerzo que se había puesto en elaborar aquel género. Recoger, hilar, enrollar el hilo en bobinas, instalar el telar, tejer, grabar y luego lavar y planchar. Aunque había ido a destruir el calicó, una parte de él sufría al ver cómo el hermanito lo destramaba. Pero aquella maldad también lo cautivaba. La facilidad retorcida con la que deshacía la tela era embriagadora, hermosa...

Su mente se sentía feliz y suelta, como una hoja caída danzando en el viento. Se desplomó de rodillas junto a otro fardo,

cortó con su cuchillo el saco y lo rasgó. Kelen soltó un hilo y tiró de él. Al tirar, la tela se frunció en una mueca de dolor. Ya no iba a salir más hilo.

Entonces notó un ligero peso en el brazo cuando el hermanito se le subió a la mano para coger el hilo entre sus dedos. El algodón tembló en la mano de Kelen y, al momento, el chico tiró y tiró mientras la brillante fibra salía volando del fardo con mucha suavidad. Se rio con fuerza y se rindió al salvaje y destructivo deleite que le provocaba.

El muchacho y la araña competían en un frenesí de vandalismo, lanzando finos arcos de hilo rosa y verde al aire, hasta que todo quedó enmarañado con delicadas hebras coloridas. Un fardo tras otro parecía explotar en una masa suelta bajo su tacto, y el tiempo también se destramaba, perdiendo su significado. Más tarde, Kelen tan solo recordaba lo brillante y ligero que se sentía, lo maravilloso y fácil que había sido destruir al lado de su nuevo mejor amigo.

Pero cuando la puerta se abrió de golpe, salió de su trance. Allí estaba, calado de estupor, con la vista clavada en dos hombres igual de sobresaltados. La estancia estaba a oscuras, pero en cualquier momento verían el bulto aterciopelado con forma de araña a sus pies...

Kelen agarró al hermanito y corrió hacia la ventana por la que había entrado. Se había dado cuenta de que la araña era demasiado grande para desaparecer entre los tablones del suelo y demasiado pesada para subir corriendo con agilidad por las paredes.

–¡Te sacaré de aquí! –le susurró al hermanito, mientras se subía con dificultad a una caja–. ¡Te pondré a salvo!

La criatura se abrió camino hacia el pliegue suelto de su manga.

Kelen saltó para agarrarse al borde del alféizar y... entonces alguien lo agarró del tobillo. Cuando tiraron con fuerza, la mano se le resbaló de la ventana.

Se arañó la cara contra la pared al caer y aterrizó dolorido. Alguien le dio una patada en el vientre y le puso una rodilla en la espalda. Kelen se sacudió, soltó improperios, dio patadas y se retorció mientras trataba de no rodar sobre su brazo por miedo a hacer daño al hermanito, que estaba en la manga.

Hubo gritos y entró otra persona en el sótano. Kelen oyó un tintineo metálico y después alguien agarró el brazo que tenía libre. Le pusieron un grillete de hierro en el antebrazo y lo cerraron tan fuerte que le dolió.

El hermanito gritó.

Fue un sonido fino, débil y espeluznante, que entraba fácilmente hasta el alma como la hoja de un cuchillo atravesando la piel. Kelen sintió un dolor repentino y terrible, como si le hubieran clavado en la muñeca una aguja al rojo vivo. El hombre que sostenía a Kelen lo soltó para taparse los oídos con las manos. Él volvió a encaramarse a la ventana, medio ciego por el dolor, y salió a trompicones a la noche iluminada por la luna.

Corrió a toda velocidad seis calles antes de atreverse a parar y tirar del grillete. Se lo sacó retorciéndolo despacio. En cuanto lo retiró, de la manga le salieron a raudales unos copos negros que cayeron al suelo como hollín. Desperdigadas sobre ellos había unas patas de araña desmenuzadas. Eso era todo lo que quedaba del hermanito.

Doblado en medio de la calle, Kelen lloró de dolor, de pena y de arrepentimiento.

* * *

En Kytelsual todos se conocían, de modo que los hombres del almacén habían reconocido a Kelen. Sin embargo, su familia le dio una coartada sin pestañear, y también lo hizo una cantidad sospechosamente alta de tejedores. El vecindario entero estaba dispuesto a atiborrarlo de sidra y dulces, pero el chico tan solo quería esconderse.

El hermanito había confiado en él y lo habían matado mientras estaba a su cuidado. En el último momento lo había mordido con fuerza, y sus mandíbulas habían dejado una herida roja y redonda. Kelen ni siquiera había oído hablar de la muerte de un hermanito. ¿Qué significaría eso?

–No puede haber sido un hermanito –le dijo su padre–. Son pequeños, más o menos como una avellana. A lo mejor lo que has visto era una de esas arañas cangrejo de los pantanos. A veces se cuelan en un cajón de fruta y llegan a las tierras altas. Sería una araña grande y tonta. Nada por lo que merezca la pena llorar.

Por primera vez en su vida, Kelen supo que su padre se equivocaba. Pero todos los demás coincidían con él y le decían que no se preocupara.

Por supuesto, dejaron de decírselo en cuanto empezó a destamar.

Comenzó poco a poco. Los puños de sus camisas se deshilachaban y las costuras de su ropa no dejaban de abrirse. Tejer en su casa de repente era una tarea lenta y frustrante. Daba igual la de veces que se descosiera el hilo y volviera a pasarse, seguía enredándose, soltándose, y se negaba a quedarse bien puesto en su fila. Pronto los vecinos más cercanos se quejaron de problemas similares, en especial después de que Kelen los hubiera visitado.

–Algo les pasa a los telares –dijo el tío de Kelen–. ¿Qué será? ¡Si no podemos tejer, no comemos!

En otra zona, tal vez hubieran tardado más en averiguar a quién se debía aquella rareza, pero los tejedores tenían buen olfato para la tela y enseguida notaron lo deshilachada y hecha jirones que estaba la ropa de Kelen últimamente. También advirtieron la reciente inquietud del muchacho, lo nervioso que estaba, que no paraba quieto. Que se peleaba, se metía en líos y no podía dejar pasar nada.

No se enfadaron con él. Aceptaron la verdad con tristeza.

–No es culpa tuya –le dijo su madre. Ella era la que siempre se encargaba de las conversaciones difíciles–. Te han maldecido, y ya está. –Inspiró hondo y después soltó el aire lentamente. Dejó caer los hombros con pesar, como si hubiera soltado algo pesado, pero irremplazable–. Y mientras vivas aquí, nosotros también sufriremos la maldición.

«No me han maldecido», podría haberle dicho Kelen a su madre. «No me han maldecido», le gritaba a su familia en su cabeza cada vez que recordaba aquel día. «Es otra cosa.» De todas formas, no cambiaba nada.

El vecindario entero encontró cosas que vender para reunir dinero y poder dárselo a Kelen. Todos juntos lo vieron marcharse y lo aclamaron mientras se alejaba. Pero jamás se plantearon dejar que se quedara, y a Kelen aquella certeza le cayó como una piedra en el estómago.

No se podía permitir que nada amenazara el oficio de los tejedores, ni su modo de vida. Ni siquiera uno de los suyos.